

El accidente



Aunque había llovido mucho en las primeras horas de la mañana, Simón aprovechó un respiro y se fue a trabajar en el huerto. Luego empezó a llover otra vez. Acabó de recoger algunas frutas y emprendió el camino de regreso a su casa. El viento del norte soplabla entre los árboles. La casa estaba cerca, rodeada de grandes pinos, que ahora doblaban sus ramas con la fuerza del viento. hacía frío y Simón pensó que tendría que hacer fuego en la cocina para calentarse. Aún conservaba la reciedumbre de sus años mozos, pero en su cara y en su cuerpo se notaban ya las rugosidades del paso de los años. Cuando llegó al «porxo» de la casa encontró a Juan, que le estaba esperando.

—¡Hola, Simón!

—¡Hola, Juan! —dijo Simón, mientras abría la puerta.

—Pasa, no te quedes ahí parado. —añadió luego.

—Los dos hombres entraron en la casa y estuvieron un instante mirándose fijamente a los ojos y sin decir nada. Era aquel un reencuentro inesperado. Amigos en su juventud y compañeros de muchas aventuras, estaban ahora distanciados desde hacía mucho tiempo.

—Pensaba ir de caza, pero con este tiempo... —dijo Juan.

—No creo que dure mucho.

Fueron a la cocina y Simón amontonó los leños para el fuego. Después trajo una botella de vino y dos vasos.

—Este vino es para las que acaban de parir —dijo.

—Sí que es bueno —asintió Juan, bebiendo un trago.

Se sentaron junto a la lumbre. Juan llevaba la camisa empapada de la lluvia y se acercó al fuego.

—Será mejor que la dejes secar —dijo Simón—. Puedes ponerte una de las mías mientras.

Simón subió al piso alto y volvió con una camisa limpia.

—A nuestra edad ya no es tiempo de hacerse el valiente —dijo.

—Es verdad. Ya no tenemos cabo ni cuerda. Estamos cansados. Son otros tiempos.

Juan se cambió la camisa y llenó otra vez los vasos.

La lluvia, desde un cielo ya roto, se escurría entre las hojas de los árboles y el viento seguía golpeando con rabia contra la casa. Juan observaba con una mirada impenetrable los movimientos de Simón. Era una de las viviendas típicas de la isla, de paredes gruesas y blancas y con unas vigas pintadas de color rojizo. Había una pequeña sala a la entrada y un cuarto y luego la cocina con la boca del horno para hacer el pan. En uno de los rincones de la sala estaba la escalera que iba al piso alto, donde, además de los dormitorios había una galería amplia en la que se ponían a secar los frutos de la tierra.

—Tienes una casa demasiado grande para ti solo —dijo Juan.

—A todo se acostumbra uno —respondió Simón, con aire distraído.

Acercó una silla junto al fuego y estiró las piernas. El baile incesante de las llamas, el crujido de las ramas secas, los recuerdos de lejanos tiempos. Esperaban los dos también al lado de la lumbre, mientras María repasaba la ropa que había de vestir el día de la boda. En un rincón descansaban los viejos en silencio. María era una mujer difícil, que nunca sabía bien lo que quería, que le gustaba agradar a los hombres y luego volverles la cara. Simón siempre pensaba en cómo había tenido que ser precisamente aquella mujer, tan distinta de como era él, la que le había despertado aquella pasión.

Los dos vasos estaban vacíos y Simón volvió a llenarlos.

—Con un tiempo así dan ganas de emborracharse —dijo.

—Sabes que hubo antiguamente uno de esos que hacen versos que decía poco más o menos: «Omple est got que està buit / buida es got que està ple / no el deixis mai buit / no el deixis mai ple».

—Tú has estudiado y has viajado, puedes ver el mundo de otra manera —dijo Simón— Siempre nos has llevado ventaja.

—¡Bah!, no es para tanto, no creas que es por eso —replicó Juan, bebiendo otra vez.

Simón removió la leña del fuego. La lluvia enviaba salpicaduras que llegaban hasta dentro de la cocina. Afuera el viento cargaba cada vez con más fuerza. Llegaban a la casa de María y la joven les entregaba sillas para que esperaran, mientras ella se arreglaba y se embellecía. Luego volvía y se colocaba como una reina en su sitio y empezaba la ronda. Juan era siempre el primero que se sentaba a la derecha de ella, y los demás se entretenían jugando a las cartas o charlando. Cuando era la hora de ceder su puesto, Juan siempre se retrasaba, y a veces incluso ni hacía caso de los avisos que se le daban. Por fin acababa por levantarse, y desafiando todas las costumbres en estos casos salía de la casa apresuradamente, sin esperar, con un «bona nit» destemplado y que era como un desprecio. Y a veces para más tarde gastar alguna broma a los de la casa o a sus compañeros, que en ocasiones resultaban verdaderas ofensas.

—Habrás venido para algo, supongo —dijo de pronto Simón.

—Hacia tiempo que no hablábamos. Me gustaría saber por qué.

—La vida tiene sus misterios. Nunca acabamos de saber bien las cosas, ¿no crees?

María no asistió un domingo a la misa mayor. Se había comprometido con Simón. Los otros pretendientes ya no acudieron a las veladas. Aquella primera noche, cuando Simón dejó la casa de su novia, alguien había cortado pequeños trozos de chumberas y los había esparcido junto a la puerta y a lo largo del camino.

—Sí, hay muchas cosas que uno no sabe —dijo Juan—. Y se muere uno sin saberlas. Entonces los demás se ponen un mantón negro sobre los hombros y a esperar lo mismo. Nuestra vida aquí, en el campo, es absurda.

Simón fue a por otra botella de vino.

—No más absurda creo que viviendo en la ciudad —dijo Simón—. Aquí por lo menos puedes soñar y perder el tiempo. Aunque ya sé que no es nada práctico.

—A pesar de todo no logro entender cómo has aguantado tanto tiempo aquí y solo.

Volvieron a beber. Simón avizó otra vez la ceniza. El fuego se estaba apagando y se levantó para ir a buscar más leña. Al volver golpeó y volcó una silla. Luego se quedó unos instantes mirando el fuego.

Unos días después había encontrado de nuevo hojas de chumbera en el camino hasta la iglesia, por donde tenía que pasar María. Ella no dijo nada, pero a él empezó a ponerse la mala sangre dentro.

—Hay cosas que le atan a uno y que no le dejan libertad —dijo Simón—. O quizá sea al revés, tanta libertad que uno puede hasta elegir, no sé.

—¡Si que hemos cambiado los dos! —exclamó Juan— ¿Te acuerdas de cuando salía el sol y nos encontraba bailando? Había algunas que no esperaban a San Juan y por la noche tiraban habas secas debajo de la cama, unas con piel y otras peladas. Por la mañana las recogían sin mirarlas; si salía una seca, mala suerte; pero si era una de las peladas... Seguro que eran muchas las que hacían lo mismo, ¿no crees? A veces las mujeres tienen sus caprichos, ideas fijadas. No hay quien las entienda.

Simón se incorporó para coger la botella y llenó los vasos. Los dos hombres empezaban ya a sentir los efectos del vino y tenían los ojos turbios.

—Comprendo, sin embargo, que todo tiene sus compensaciones —dijo Juan—. Todo se equilibra. Y además, el tiempo...

—Bebamos por nuestro encuentro —dijo Simón—. No lo crearás, pero hacia tiempo que lo estaba esperando.

—¿De veras? —dijo Juan, estallando en una ruidosa carcajada—. Que me trague la tierra si pensaba una cosa así —añadió mientras le saltaban de los ojos las chispas de la borrachera.

Estaba ya todo dispuesto para ir a la iglesia y celebrarse la boda. La noche antes, María se hallaba en su cuarto retocando su traje de novia. Tardaba en bajar y los de su familia fueron a ver. María ya no estaba allí. Había huido y nadie sabía dónde podía encontrarse. Días después apareció en su casa. Venía helada y llevaba tiempo sin comer. Le dijo a Simón que no podía casarse con él, que habían ocurrido cosas inesperadas de las que no podía hablar, cosas de las que tenía que avergonzarse —dijo—. Y que esperaba que la perdonara. Le costó trabajo a Simón llegar a entenderla. En el rostro de ella había todas las miserias del mundo y en el corazón de él todas las ignominias de la vida. No hizo más que crisar sus labios con una dolorosa mueca. Luego se marchó para siempre y sin decir una palabra.

—¿Y por qué esperabas este encuentro? —preguntó Juan.

—¡Oh!, no sé, para hablar. También para recordar cosas. De jóvenes éramos buenos amigos, ¿no?

—Claro que sí —respondió Juan—. Siempre lo hemos sido. Y me alegro que digas esto. A pesar de mis estudios —como tú dices— han sido muchas las veces que hemos hundido juntos el arado, que hemos ido a la siega juntos, que...

—Que nos hemos divertido juntos —le interrumpió Simón, echándose a reír de una manera forzada—. Aunque, la verdad, siempre eras tú el que más se divertía. Yo solía tener muchos baches.

Le resultaba difícil concentrarse. Tenía la lengua pegajosa y hacía esfuerzos para rehuir sus pensamientos. Se levantó para coger la botella de vino y estuvo a punto de caerse. Llenó los vasos y bebieron otra vez.

—Todo lo de aquel tiempo ha estado rodeado de una gran oscuridad —dijo—.

—Te acuerdas todavía de María, ¿eh? —preguntó Juan, mirándole por el rabillo del ojo—. Si quieres que te diga la verdad, creo que fue lo mejor que podía ocurrirte.

—¿Qué quieres decir?

—Romper con ella. Era una mujer que no te correspondía. Claro que debió ser desagradable en aquellos momentos, pero una vez pasado...

—Fue todo tan repentino —dijo Simón—. Marcharme sin decirle ni una palabra y no volver a verla nunca. ¿Por qué, cuando uno se enamora de verdad, tienen que ocurrir esas cosas? Hubiera dado mi vida a cambio de saberlo todo, quién había sido...

—¡Maldita sea! —exclamó Juan, nervioso—. Quizá lo mejor sería no hablar de esas cosas. El tiempo disipa todos los enconos, ¿no crees? ¿Importa ahora de quién fue la culpa?

Simón se levantó receloso y miró por una pequeña ventana. Había dejado de llover, pero el viento continuaba con más fuerza que antes. Afuera ladraban unos perros.

—Tienes razón —dijo Simón— ¿Qué te parece si salimos un rato de caza? Aún ha quedado buen tiempo.

—Me parece muy bien.

Simón entró en el cuarto, descolgó dos escopetas y abrió una caja de cartuchos. La camisa de Juan ya estaba seca y volvió a cambiársela.

—Hoy vamos a acabar con todos los pájaros —dijo Simón.

Ya en el campo parecía que lo de María se había borrado, que ya no tenía importancia. Los dos hombres marchaban ahora separados. A veces las ramas verdean por un tiempo, pero pequeñas, ruines y bajas son un día sacudidas por la violencia del vendaval y arrancadas de cuajo. De pronto sonó un disparo. Y así fue como el viento dobló sin piedad el cuerpo cansado de Juan.

El missatge

Al meu company Antoni Costa Bonet, Mossènyer de Sant Mateu



(En la mort d'Anna Guasch Ferrer de Can Maneta - Es Figuerà)

*Darrerera de la tarda
escassa de llum,
humida,
trista,
neguitosa,
amb tot que a l'hora de calma
no sembli importar-li el dol.*

*El murmuri rítmic
de l'aigua que corre,
la claror que intenten encara
els ametllers florits,
redoblen la veu de la campana
que assenyala un mort.
El toc planyívol s'ha sentit mil vegades
pels voltants de la vall,
el vent avui, potser, se l'emporti més enllà.*

*Passa el missatge
de casa en casa:
per demà de tarda,
i el breu comentari
recull un mot de consol.*

*Ara la nit s'ha tancat indiferent.
Baldament la vetlla silenciosa,
i la dèbil llum
que deixa veure el cos rígid,
puguin somoure la fosca
de la casa pagesa,
la nit seguirà el seu destí.*

*Cent anys després
sols els papers faran memòria.*